

Leopold Trepper, jefe de la "Orquesta roja" "MI VERDAD"

EN cuanto se le concedió autorización para abandonar Polonia usted salió con destino a Gran Bretaña. Y, sin embargo, ése es el país del Intelligence Service, de sus enemigos...

LEOPOLD TREPPER.—No, Gran Bretaña es para mí el país en que pude curarme y en el que, antes de eso, varias decenas de parlamentarios y de antiguos ministros habían intervenido en mi favor cerca de las autoridades polacas. ¿Cree usted que lo hubieran hecho si yo hubiese sido para ellos un rival del Intelligence Service durante la guerra? Cuando yo era jefe de la «Orquesta Roja», no existía rivalidad entre los servicios aliados: luchamos juntos contra el nazismo.

—Eso no impidió, sin embargo, que, desde el principio, un agente británico se infiltrara en su red.

L. T.—Es cierto, Rauch. Pero, ¿qué ocurrió? Que aquel hombre luchó con nosotros hasta que fue detenido y enviado a Mauthausen, donde falleció pocos días antes de que se liberara el campo. El que uno o dos hombres de la «Orquesta Roja» trabajasen al mismo tiempo para los británicos era algo que no tenía ninguna importancia: no teníamos nada que ocultarles a los británicos. Personalmente no perdí el tiempo tratando de introducir a agentes nuestros en el Intelligence Service.

«Durante la primera guerra mundial, es cierto, los servicios aliados trabajaron independientemente unos de otros, como si no existiese coalición alguna, y esto es especialmente verdad de los británicos en Francia. Pero durante la guerra de mil novecientos treinta y nueve-mil novecientos cuarenta y cinco, los hombres del Intelligence Service jugaron un papel muy distinto: estaban plenamente comprometidos en la lucha contra el nazismo. Los obreros polacos que habían emigrado a Francia, por ejemplo, trabajaban a la vez para su Gobierno en el exilio, en Londres, y para el Intelligence Service. Fueron condecorados y festejados en Polonia y a nadie se le ocurrió nunca acusarlos de colaboracionismo con Gran Bretaña.

«Quiero que se sepa de una vez para siempre que nada, en los servicios secretos que operaron entre mil novecientos treinta y nueve y mil novecientos cuarenta

No había cumplido aún los cuarenta y uno y ya le llamaban «el viejo». Jefe supremo de la más importante red de espionaje antinazi, Trepper reinaba entonces sobre la «Orquesta Roja». Leopold Trepper tiene hoy sesenta y nueve años. Camino de Israel, Trepper ha pasado por Copenhague, donde tiene su hogar uno de sus hijos tras su difícil salida de Polonia. En Israel ha decidido este antiguo «terrorista judío» de los años veinte en Palestina pasar los últimos días de su vida. Una vida fascinante, marcada por las aventuras y contradicciones políticas del siglo. Desde la lucha revolucionaria hasta el contraespionaje, desde las cárceles stalinistas hasta la rehabilitación, desde las persecuciones de la Policía política polaca hasta las acusaciones de la DST —todavía pesa sobre su persona la prohibición de residir en Francia—, tal ha sido el destino de este personaje fuera de serie.



y cinco, corresponde a la imagen que la gente se hace habitualmente del espionaje. Los agentes de entonces no eran espías a la manera de James Bond. Se apoyaban en la labor de decenas de millares de resistentes, y operaban en los países ocupados, no contra esos países, sino contra los ocupantes, contra los nazis. Es preciso hacer una distinción histórica entre esos profesionales que aparecen en las novelas y los resistentes antifascistas que éramos nosotros, militantes que habíamos comprendido la importancia capital del espionaje.

—Para no ser más que un afilcionado, usted no lo hizo nada mal... Según el almirante Canaris, jefe del contraespionaje nazi, su labor les costó a los alemanes dos mil hombres.

L. T.—¡Oh! Doscientos mil...

—¿Cree usted que Canaris exageró la cifra?

L. T.—Bueno, Canaris sabía sumar, pero yo no sé cómo se hacen esas cuentas. No se trataba de matar a hombres, sino de acabar con el nazismo. Contribuimos a ello en la medida de nuestras propias fuerzas, pero yo no era ni el único ni siquiera el más importante: una buena orquesta sin director hace música, aunque sea mala. Un buen director sin orquesta no puede hacer nada.

—Al trasladarse de Varsovia a Londres, usted no hizo más que cambiar de hospital. ¿Existen grandes diferencias entre ambos hospitales?

L. T.—Hay buenos, muy buenos médicos en ambos países, y el año pasado fueron médicos polacos los que me extrajeron de entre las garras de la muerte el pasado septiembre. Puedo asegurarle que la clínica para cuadros de Varsovia en la que fui internado no era más lujosa que el hospital de Londres a donde me llevaron después, un hospital para toda clase de ciudadanos. Sin embargo, en la clínica de Varsovia, los más eminentes profesores del país estaban a la entera disposición de los ministros y cuadros del Partido, mientras que en Londres eran los enfermos los que debían aguardar la llegada de los médicos. Aunque mi historial fuese más conocido en el extranjero que en la misma Polonia, en la clínica de Varsovia se me trató con la máxima simpatía. Los que no me conocían personalmente, conocían a la «Orquesta Roja», y

Leopold Trepper,

cuando corrió el rumor de que yo era el «gran jefe», muchos vinieron a saludarme y a hablar conmigo de la Resistencia.

«La mayoría de los allí hospitalizados eran viejos comunistas, de una generación en la que resultaba inconcebible ser comunista y antisemita a un tiempo. Incluso los que seguían teniendo ciertas responsabilidades no vacilaban en dirigirse a mí, y así, un alto funcionario del Partido me comunicó que su hijo tenía como tema de estudio la «Orquesta Roja» en la Academia militar. Tal vez fuese la enfermedad la que provocaba aquella fraternidad, pero lo cierto es que sólo un antiguo adjunto de Moczar, el gran organizador de la campaña antisemita de mil novecientos sesenta y siete, prefirió cambiar de sala al enterarse de quién era yo.

«Sigo fiel a mi ideal»

—Algunos han demostrado la posibilidad de ser a la vez comunista y antisemita... A pesar de lo cual usted ha seguido siendo comunista.

L. T.—Cuando se plantea una pregunta así, es preciso saber a quién va dirigida. Desde hace cincuenta años estoy vinculado al movimiento revolucionario y puedo dar una respuesta afirmativa: sí, sigo siendo fiel a mi ideal. Hágales, sin embargo, la misma pregunta a un titista, a un maoísta, a un stalinista —que todavía quedan algunos— o a Berlinguer, secretario general del Partido italiano. Todos ellos le responderán como un único hombre: «¡Comunista!». Y, sin embargo, Berlinguer, que quiere hacer un frente nacional que agrupe desde los comunistas hasta los cristiano-demócratas, hace sólo diez años habría sido tratado por todos los periódicos comunistas del mundo de renegado o de algo peor.

«Es, pues, necesario precisar: soy marxista, pero creo que el marxismo es todo menos una teoría congelada. Esa convicción es la que me permitió seguir siendo comunista durante los diez años que pasé en las cárceles stalinistas e incluso cuando Gomulka se atrevió a pronunciar un discurso explicando que los judíos polacos eran la Quinta Columna. Gomulka era entonces secretario general del Partido y mandó disparar contra los obreros de Gdansk. Al mismo tiempo, a mí se me excluía del Partido Comunista como «sionista»: cada uno estábamos a un lado distinto de la barricada. Pero han pa-



Sé que Gierek ha jugado un papel positivo, aunque Polonia no haya cambiado en profundidad...

sado los años, y los calificativos se han vuelto relativos...

—Bueno... en la vida diaria, ¿qué significa para usted ser comunista?

L. T.—Llevo seis años retirado de la política activa; era presidente de una floreciente comunidad judía que ya no existe. Desde mil novecientos sesenta y siete ya no soy más que uno más entre los treinta y tres millones de ciudadanos polacos. Eso no significa de ningún modo que me haya vuelto apolítico. Y hablando de Polonia —pues sólo me gusta hablar de las situaciones que conozco bien—, opino que la llegada al poder de Gierek ha salvado al país de sucesos mil veces más trágicos que los de Budapest.

—A pesar de Gierek, han sido precisos tres años de lucha para obtener el derecho a abandonar libremente Polonia...

L. T.—Sí, naturalmente... Sé

que Gierek ha jugado un papel positivo; no digo que el país haya cambiado en profundidad. Sigue habiendo dentro del aparato, y en especial en el Ministerio del Interior, mucha gente de la época de Gomulka y de Moczar. Pero, ¿es este un estado de cosas exclusivo de Polonia? Temo que en muchos países del mundo los Servicios Secretos y la Policía se han convertido en una auténtica mafia y que tienen muchos más derechos de los que les corresponden, por todo lo cual pueden fácilmente convertirse en una amenaza, tanto más grave cuanto que está solapada.

«Así, el hombre al que Gierek ha colocado a la cabeza del Ministerio del Interior no tiene nada que ver, por su formación, con la Policía. Pero los millares de «dossiers» amontonados sobre su mesa de despacho no por ello han desaparecido, ni ha cambiado en

nada el espíritu de los funcionarios del Ministerio. El volumen de ficheros continúa aumentando y todo individuo en ellos inscrito es un enemigo en potencia...

«Para mí, los problemas comenzaron a principios de mil novecientos sesenta y ocho, cuando envié un memorándum de quince puntos a Gomulka sobre el escándalo de la campaña antisemita y dimití de la presidencia de la comunidad judía. Tres días después, el texto por mí escrito estaba en el despacho de Moczar, entonces ministro del Interior, y mi «dossier» comenzó a hincharse. No sólo era yo «sionista», sino que además me permitía protestar...

«No quería salir»

—Gomulka dejó salir a los treinta mil judíos polacos. ¿Por qué a usted no?

L. T.—Porque al principio yo no quería salir. Me negaba a ceder. Quería resistir. Cada salida de judíos constituía un triunfo para ellos. Se mostraban exultantes, ¿comprende usted? ¡Tan pronto como quedó desenmascarada, la Quinta Columna se largó del país. Fue una auténtica tragedia. De la noche a la mañana, la gente se encontró sin trabajo, expulsada del Partido, considerada sospechosa, excluida igualmente de las organizaciones de juventud, privada de sus pensiones, de sus derechos sociales, expulsada de las escuelas y Universidades. Sólo una cosa podían hacer fácilmente: salir. A toda aquella gente se le facilitaba el pasaporte en menos de una semana en lugar de los tres meses de plazo habituales. En realidad, ningún judío salió voluntariamente: todos ellos fueron expulsados.

«Moczar y Gomulka llegaron a hacer algo que ni siquiera Hitler había podido conseguir: pusieron definitivamente fin a mil años de judaísmo en Polonia, borraron del mapa una comunidad cuya historia se remontaba a los orígenes mismos del país. Yo he visto emigrar a todos mis amigos, y luego a uno de mis hijos —con destino a Dinamarca— y a otro con rumbo a Canadá. Mi mujer y yo nos encontrábamos cada vez más aislados. Y cuando mi tercer hijo, Edgar, que había estudiado en Rusia, volvió a Varsovia casado con una soviética y con el título de doctor en Letras, no pudo encontrar un puesto de docente en ninguna de las quince Universidades que tenemos en Polonia. Únicamente decidió aceptarle la Universidad católica de Lublin. El hijo de un combatiente comunista, en un país socialis-



ta, sólo podía enseñar en la Universidad católica.

»En vista de las circunstancias, mi hijo optó por solicitar un puesto en Jerusalén. Pero en aquel momento, estábamos en mil novecientos setenta, las cosas habían cambiado: los moczaristas iban perdiendo fuerza, y el Gobierno comenzaba a comprender hasta qué punto era desastrosa aquella campaña para la imagen del país y del Partido en el extranjero. Las salidas de judíos sólo demostraban una cosa: la triste realidad del antisemitismo. Mi hijo tardó un año en conseguir su pasaporte. En cuanto a mí, imposible que me dejaran salir.

—¿Se invocó entonces la «razón de Estado»?

L. T.—No, no inmediatamente. Durante quince meses tropecé con el silencio absoluto e injustificado de la oficina de pasaportes. No se molestaban siquiera en contestar a mis solicitudes. Sólo en mil novecientos setenta y uno, con la visita a mi hogar de un equipo de la televisión belga, tomaron las cosas un nuevo giro. Los belgas querían rodar conmigo un documental sobre la «Orquesta Roja». Encontré la idea excelente y acepté colaborar. Redactamos juntos una pequeña sinopsis y comenzamos a rodar en los lugares más conocidos de Varsovia, el Monumento a los Caídos, el Museo Nacional, etcétera. Mi mujer y yo percibíamos por todas partes un fuerte olor a Policía Secreta; había, sobre todo, una joven polaca a la que el realizador había seducido fácilmente... Pero ¡qué importaba! No estábamos haciendo nada ilegal... Los belgas, que no sospechaban nada, nos propusieron que los acompañásemos a rodar cerca de Zakopani...

—¿Junto a la frontera checa?

L. T.—Sí, pero más cerca aún de mi pueblo natal, de Novi Tark. Apenas habían desempaqueado su material los «cameramen» cuando apareció en pleno campo todo un ejército de impermeables grises: la Policía Secreta —primera aparición. ¡Gran chasco!— Nada encontraron que nos pudiera acusar. La prensa occidental, sin embargo, alertada por los belgas, creyó que me habían detenido, y todos los correspondientes extranjeros en Varsovia fueron a llamar a mi puerta. Aquel incidente me permitió reaccionar: presenté el asunto al Comité Central del Partido.

»El dirigente que me recibió entonces, Wieslaw Ociepka, que iba a ser nombrado ministro del Interior y que falleció el año pasado en un accidente de avión, me pareció tremendamente turbado: «No concedemos ninguna importancia a ese incidente. No lo tome en serio, sea paciente, que todo

se arreglará». Tres meses después, nueva negativa a concederme un pasaporte, nueva entrevista en el Comité Central, nuevas palabras tranquilizadoras, pero con una sospechosa indirecta: «El asunto no es tan sencillo. Polonia no es el único país afectado por este asunto. Usted debería comprender...». Lo comprendí al día siguiente, cuando el corresponsal de la agencia France-Press vino a mostrarme el comunicado oficial publicado por el Gobierno: la «razón de Estado» impedía que yo pudiera salir, pero, se añadía para el consumo exterior, se me estaba tratando muy bien: mi mujer podía salir de Polonia —lo que hizo inmediatamente—, mis hijos podían venir a verme cuando quisieran, se me había aumentado la cuantía de la pensión y facilitado el acceso a la famosa clínica de los cuadros del Partido.

»No obstante, no se atrevieron a explicar debidamente lo que entendían por «razón de Estado»: a saber, el que yo pudiese estar en posesión de secretos que interesaban a la seguridad del país. ¡Treinta años después! Era algo demasiado ridículo, y no les hubiese resultado fácil explicar de qué «razón de Estado» se trataba: si de la soviética o de la polaca.

«Nadie veía claro»

—¿De la soviética, tal vez?

L. T.—Mire, yo sólo puedo establecer hipótesis, pero, en mi opinión, todos presionaban sobre todos al mismo tiempo, de tal forma que ya nadie acertaba a ver claro. Los polacos pidieron a los soviéticos, a finales de mil novecientos sesenta y ocho, que prohibiesen la publicación de un libro —excelente, por cierto— de un autor soviético en torno a la «Orquesta Roja». El libro estaba ya preparado para la imprenta e iba a ser lanzada una tirada de medio millón de ejemplares..., pero «no se podía permitir que apareciera un libro donde se glorificaba al jefe de una organización de «sionistas». Esta frase me la comunicó textualmente el propio autor, que vino a verme, sorprendido, a Varsovia. En Moscú, el autor había conseguido, incluso, la aprobación de los Servicios Secretos, la más difícil de obtener. Me confesó que no entendía nada. Un año más tarde, en diciembre de mil novecientos sesenta y nueve, los mismos polacos aceptaban la organización, en Varsovia, de una exposición en honor de los miembros de la red berlinesa con, claro está, fotos mías y organizgramas en los que se demostraba el funcionamiento de nuestra organización y los contactos de sus miembros conmigo. Es verdad

que difícilmente podían haber prohibido aquella manifestación sin provocar un incidente con la Alemania Democrática, donde gozan de gran influencia los supervivientes de la «Orquesta Roja», sobre todo en las organizaciones de ex combatientes...

»Fijémonos ahora en los soviéticos. Cuantas más razones daba Polonia para que se hablase de mí en Occidente, más difícil les resultaba ocultar el papel que yo había desempeñado como dirigente de la «Orquesta Roja» o seguir fingiendo, como habían hecho hasta entonces, que no se sabía qué había sido del gran jefe. Y cuanto más reconocimiento otorgaban al papel por mí desempeñado, más difícil les resultaba dejarme salir: el que un hombre como yo deseara abandonar el país constituía un hecho demasiado revelador de la gravedad de la situación. Soviéticos y polacos estaban en un auténtico aprieto. Y yo también. Fue por esas razones por las que me convertí, a partir del pasado enero, en favorito del Ministerio del Interior. Era una situación infernal. Cada vez me sentía más enfermo. No podía dar un solo paso sin que tuviese a mis talones a la Policía Secreta, que me seguía hasta el rellano mismo de las gentes a quienes iba a ver. Mi apartamento estaba lleno de micrófonos. Me observaban continuamente desde la ventana del edificio situado frente al mío, y la continua presencia de policías a la entrada de mi casa disuadía a muchos de mis amigos, que últimamente no venían ya a verme.

»Su objetivo era quebrar mis resistencias, pues para saber lo que yo hacía, lo que pensaba y lo que les decía a mis amigos del extranjero y a mi familia, bastaba con interceptar mi teléfono —lo que también hicieron—. Tanto mejor, por otro lado: eso les permitía seguir la evolución de mi estado de espíritu y tomar en serio mi amenaza de llevar a cabo una huelga de hambre hasta el final. Yo no tenía nada que perder; ellos, por el contrario, se arriesgaban a tener que ceder frente a un chantaje o a pasar por asesinos a los ojos del extranjero. Así es que prefirieron dejarme salir, ¡debido a mi estado de salud! Hasta los funcionarios del Interior que vinieron a anunciarme la noticia sonreían de las razones aducidas.

—¿Ha tenido usted miedo en su vida?

L. T.—Como todo el mundo, evidentemente, pero nunca tuve tanto miedo como el pasado septiembre. Tuve miedo de facilitarles la cosa muriendo de muerte natural, rodeado de sus atentos cuidados. Eso es lo que me decidió a jugarme el todo por el todo y rápidamente: no quería

fallar. Por otro lado, cuando uno se juega el cuello a cada momento, como ocurre en la labor clandestina, el miedo deja de ser una realidad. Se vive en otra dimensión. El riesgo es tan grande, que uno se considera ya fusilado o decapitado. La vida no tiene ya importancia.

—¿No le inspiró miedo alguno la campaña de antisemitismo de mil novecientos sesenta y siete?

L. T.—No, no tenía miedo, pero sí tenía como náuseas. Son dos cosas distintas. Nunca me hubiese imaginado que en una Polonia libre desde mil novecientos cuarenta y cuatro podría llegar a organizarse y orquestarse semejante campaña desde la dirección misma del Partido... O, al menos, una parte de esa dirección...

—¿Rusia llegó a conocer el proceso de las blusas blancas?...

L. T.—Sí, pero inmediatamente después murió Stalin y se detuvo todo. Mientras que en Polonia se crearon las condiciones que favorecieron el éxodo. La masa, la comunidad, tenía miedo, aunque nosotros, los comunistas, sabíamos que no se trataba más que de una peripecia política.

—¿Así que usted pensaba que la campaña acabaría con el fracaso de Moczar?

L. T.—Sí. Pero sabía también que en aquel momento ya no quedaban judíos en Polonia.

Un Estado judío

—Su voluntad de emigrar a Israel, ¿era en realidad un modo de escapar de Polonia, un pretexto?

L. T.—¡Un pretexto! ¡Pero si yo no hubiese estado enfermo, no habría solicitado ser trasladado a Londres para curarme! ¡Y si no hubiese sido judío, no me habría propuesto emigrar a Israel! ¡Un poco de seriedad! En mil novecientos cuarenta y siete, los comunistas apoyaron a Israel y favorecieron su surgimiento como nación, y nosotros, los judíos comunistas, a un que no teníamos ninguna intención de instalarnos allí, pensábamos simplemente que la existencia de un Estado judío era necesaria para los judíos del mundo entero.

—¿Así es que usted era comunista y «sionista» a un tiempo.

L. T.—¿«Sionista»? No lo creo: yo era uno de los treinta mil judíos que vivían en Polonia en mil novecientos sesenta y siete y que se habían quedado en el país para perpetuar y desarrollar la vida de nuestra comunidad. Habíamos participado en todas las luchas de independencia nacional de los siglos diecinueve y veinte. Muchos de los judíos polacos eran miembros del Partido porque pensaban que el socialismo resolvería

Leopold Trepper,

definitivamente la cuestión judía. Si esos judíos han abandonado Polonia es porque han sido expulsados del país. No eran «sionistas».

—Antes de mil novecientos sesenta y siete, ¿usted no era entonces «sionista»?

L. T.—En absoluto.

—¿Y ahora?

L. T.—Creo que es falso considerar que todos los que van a instalarse en Palestina son «sionistas».

—¿Quién es entonces «sionista», según usted?

L. T.—Son «sionistas» los partidarios del «retorno» a Israel de todos los judíos del mundo. Yo creo, sencillamente, que cuando unos judíos han sido expulsados de su país, como acaba de ocurrir en Polonia, lo más natural es que vayan a instalarse a Israel. En mi opinión, Israel es una necesidad, porque la idea de asimilación ha fracasado. Como dice Sartre, para asimilarse hay que ser dos. ¿Quién hubiera podido prever lo que ha pasado en Polonia? ¿Quién puede asegurar nada de lo que ocurrirá mañana en Estados Unidos o en Francia?

—Pero usted está precisamente justificando la teoría del «retorno», que es la base misma del sionismo.

L. T.—No, soy realista: sería absurdo —o muy peligroso— planear la llegada a Israel de seis millones de judíos americanos, de medio millón de judíos franceses, etcétera. Opino que, habida cuenta de la imposibilidad de una asimilación, si exceptuamos a unos pocos intelectuales, no les quedan a los judíos más que dos posibilidades: pertenecer a una comunidad judía nacional con su cultura, su historia y sus tradiciones —lo que, por otro lado, nunca ha impedido a nadie cumplir con sus deberes cívicos, comportarse como buen ciudadano—, o bien emigrar a Israel, que es mucho más que una comunidad, un Estado del cual tienen necesidad todas las naciones.

—¿Por qué... necesidad?

L. T.—Porque, desde las revoluciones de mil ochocientos cuarenta y ocho, todas las naciones tienden a afirmarse a través de la formación de Estados que posean un territorio, una lengua y una cultura propios. Tal fue el caso de las naciones europeas en el siglo pasado, tal es el caso del Tercer Mundo y de los judíos desde mil novecientos cuarenta y cinco, y tal vez lo sea mañana de otras minorías. Podemos lamentar esa tendencia, podemos impacientarnos por todo ello, pero es la realidad y resulta ilusorio tratar de saltarse las etapas históricas.

—¿Trabaja usted para los Servicios Secretos israelíes?

L. T.—Ya leí una cosa así en alguna parte. Fue en un periódico

checo, donde se nos acusaba a Artur London y a mí de llevar más de treinta años trabajando como agentes para Israel. Es decir, desde antes incluso de que se creara dicho Estado. Pura y simple calumnia.

—¿Por qué la calumnia? No hay en ello nada de deshonroso...

L. T.—Escúcheme bien: hice espionaje desde el comienzo de la guerra hasta la liberación de París. Eso fue todo. Además, créame, Israel no tiene nada que espiar en Polonia. A Israel le importa un rábano lo que allí pasa; ya tiene bastante trabajo como para ocuparse de eso.

«Desconfío de las reputaciones»

—¿Son los Servicios israelíes tan eficaces como se afirma gene-

ralmente, tan eficaces como la «Orquesta Roja»?

L. T.—No los conozco suficientemente como para poder dar mi juicio, y en el terreno del espionaje desconfío de las reputaciones. Una operación eficazmente realizada puede hacer un daño incalculable al mejor servicio del mundo. Hay, además, muchas cosas que no se saben. Pero es también cierto que, siendo Israel un país joven, sus agentes operan por idealismo, como ocurría con los de la «Orquesta Roja». Y esa es una garantía de eficacia.

—Le molesta, evidentemente, que se le interrogue sobre los Servicios Secretos. Pero, después de todo, es su especialidad. Usted es general del Ejército Rojo y ha recibido una formación de espía.

L. T.—No exactamente. Todo eso es falso. Es lo que yo les conté a los alemanes cuando me detuvieron: valía más presentarse como general y espía profesional que como militante comunista y antinazi. Incluso mi amigo Gilles

Perrault se creyó aquello al escribir su hermoso libro. Para él se basó en las actas de la Gestapo. Pero yo tengo de general lo mismo que usted. La base de la «Orquesta Roja» es mi antinazismo y no mis estudios en una hipotética «academia de espionaje», que yo no creo siquiera que exista.

»A partir de mil novecientos treinta y tres, tres y cuatro empecé a tomarme muy seriamente, a la vez como comunista y, sobre todo, como judío, las amenazas de Hitler. Sabía que la guerra era inevitable. No esperaba nada de los distintos pactos, ni de Chamberlain, ni de Daladier, ni de Stalin, y me obsesionaba una idea fija: cómo ser lo más útil posible en la lucha a muerte que se avecinaba. Fue por esa razón por la que me puse en contacto con los Servicios Secretos.

—Pero usted estaba ya desde hacía tiempo familiarizado con las acciones clandestinas, ¿no es cierto?

A partir de 1937, Stalin prohibió el espionaje en Alemania para no ofender a Hitler, que en 1941 ordenaría la invasión de la Unión Soviética. La invasión sería detenida en Stalingrado.





L. T.—Es cierto si usted se refiere a mi pasado de militante en Polonia, bajo la dictadura del mariscal Pilsudski o en Palestina, durante el mandato británico. Pero no voy a remontarme a mi adolescencia, ni siquiera al año mil novecientos veinticinco. No voy a contarle ahora toda mi vida. Además, estoy ya preparando mis Memorias...

—Cuénteme, de todas formas...

L. T.—Bueno, si insiste. Digamos que entré en contacto con la clandestinidad en la década de los veinte en Polonia, cuando participé en la organización de una huelga obrera en Dombrova. Me pasé ocho meses en las cárceles de Pilsudski, tras lo cual tuve que emigrar a Palestina porque no podía encontrar trabajo en mi país. Allí, en Palestina, colaboré con comunistas judíos y árabes en una acción que no era exactamente legal. De nuevo di con mis huesos en la cárcel y sólo evité que me deportaran a Chipre, haciendo una huelga de hambre de cerca de dos semanas. Fui liberado —después de que interviniesen en mi favor en los Comunes ciertos diputados de izquierda— y embarcado por la fuerza. Los años siguientes los pasé en Francia con papeles falsos. Allí trabajé como obrero: me pasaba en el tajo desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde. Después, hasta la una de la mañana, militaba en las organizaciones judías del Partido francés. En mil novecientos treinta y tres, a la llegada de Hitler al poder, yo estaba en Moscú al cargo de la sección «La Vida del Partido», de la edición «yiddish» del periódico «Pravda». Gracias a mi conocimiento de Francia y de los comunistas franceses fui elegido, tres años más tarde, para regresar a París y llevar allí a cabo mi propia encuesta.

—¿Qué tipo de encuesta?

L. T.—En mil novecientos treinta y dos la Policía francesa había desmantelado una pequeña red de espionaje soviético. Yo conocía a todos sus miembros, no sólo por haberlos frecuentado en el Partido, sino también porque muchos de ellos habían sido, entre mil novecientos veinticinco y mil novecientos treinta y dos, camaradas míos de combate en Palestina.

*Todos ellos se encontraban ahora en la cárcel. El contraespionaje francés sostenía que un periodista de «L'Humanité» se había tragado el anzuelo y había facilitado aquella redada. El Partido comunista francés se había declarado fiador de Riquier, que así se llamaba el tal periodista. La dirección del Komintern —la Internacional Comunista— abri-

gaba, sin embargo, serias dudas sobre la confesada inocencia de Riquier. Había, pues, que aclarar todo aquello.

Un hombre que comprendía las cosas

—¿Entonces llegó usted?

L. T.—Sí, y se descubrió que no era Riquier el soplón, sino un holandés, un agente soviético a sueldo de los americanos. El agregado militar americano en París había venido recibiendo regularmente informes del holandés, informes que el diplomático se encargaba de transmitir al contraespionaje francés. Pude examinar todo el «dossier». No en vano es Francia un país democrático. No se puso impedimento alguno a los abogados a quienes habíamos contratado: André Philippe, el líder socialista, y Ferucchi, quienes tuvieron libre acceso a todos los archivos. Además, no olvide usted que estábamos en pleno frente popular...

—Usted regresó a Moscú después de haber demostrado la inocencia de Riquier y del propio Partido Comunista. Así se inicia su carrera de agente secreto...

L. T.—¡De agente secreto! ¡Qué obstinado es usted! No. Las cosas fueron mucho más sencillas: el general Berzin, director del «Centro», como llamábamos nosotros a los Servicios, vio que yo era un hombre que comprendía las cosas. Era el general un viejo comunista, militante excepcional, que se preocupaba de todo personalmente; siempre que se detenía a algún agente, aunque fuese a diez mil kilómetros de Moscú, se preocupaba personalmente de que se encargasen de su defensa los mejores abogados, de que se le ofreciese todo el apoyo moral necesario... El general y yo hablamos de la situación política de Europa: ambos teníamos al respecto puntos de vista idénticos.

*Sobre la base de los informes de Berzin, pronunció Tukhachevski su profético discurso de mil novecientos treinta y seis ante el Soviet Supremo, en el que pronosticó la guerra con Alemania, guerra que, según él, podía muy bien desarrollarse en territorio soviético. Exactamente lo contrario de lo que sostenía Stalin. La teoría oficial soviética de entonces consideraba a la Gran Bretaña como el único país que constituía una amenaza para la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Ni hablar de un conflicto con Alemania en plena época

de hambre, de depresión económica y de conflictos políticos. Berzin, Tukhachevski y el Estado Mayor representaban la única fuerza antiestalinista.

—Fue aquel el año de los grandes procesos de Moscú. ¿Qué pensaban al respecto aquellos hombres?

L. T.—Tukhachevski sabía que sólo se trataba de eliminar a los miembros del Partido que se oponían a Stalin. No daba ningún crédito a las fábulas de Stalin. Así, a fines de mil novecientos treinta y seis y principios de mil novecientos treinta y siete vi en varias ocasiones a Berzin...

—¿Fue por aquel entonces cuando el general contrató sus servicios?

L. T.—Digamos que me explicó que necesitaba a gente valiente. Gente doblemente valiente: en primer lugar, para llegar a obtener información referente al Tercer Reich, y en segundo lugar, para enviar a Moscú la información obtenida, pues a Stalin no le hacía ninguna gracia recibir informaciones que contradijesen su política y diesen la razón a Tukhachevski, a quien se disponía a fusilar. Los agentes con que contaba por aquel entonces Berzin preferían leer los editoriales del «Pravda» y estudiar las resoluciones del Partido antes de redactar sus despachos.

—En una palabra, Berzin le proponía crear redes paralelas...

L. T.—No exactamente. Aunque hoy sé con certeza que donde quiera que estuviesen operando hombres de nuestra organización, había siempre agentes del NKVD. En mil novecientos treinta y siete fueron fusilados Tukhachevski y todo el Estado Mayor del Ejército Rojo; Berzin fue eliminado a finales de mil novecientos treinta y ocho. Pero yo tenía carta blanca desde mil novecientos treinta y siete y me encontraba a la sazón en Bruselas. Me puse manos a la obra con gente nueva, comunistas que no tenían ninguna experiencia en el campo del espionaje, pero sí un pasado de militantes, es decir, que estaban avezados a la clandestinidad, al aislamiento y a las reglas de seguridad.

*Los recluté a todos ellos sobre el terreno, seleccionándolos sobre la base de su antinazismo, de su inteligencia política y también, claro está, de las relaciones personales que pudiesen tener. Las relaciones son algo muy importante. En Moscú sólo contraté a tres personas: un operador de radio, un especialista en cifrar mensajes y un militar de carrera que pudiese analizar las informaciones que íbamos a recoger. Confieso que no nos sirvieron de mucho, fueron, antes

bien, un estorbo. Eran funcionarios.

La prohibición de Stalin

—Pero, una vez que desapareció Berzin, ¿contra quién dirigió sus redes de espionaje, contra Alemania o contra Gran Bretaña, como querían sus sucesores?

L. T.—Stalin prohibió, a partir de mil novecientos treinta y siete, las operaciones de espionaje en Alemania (para no ofender a Hitler! Eso no nos impidió montar, a partir de entonces, una red en pleno corazón de los Ministerios berlineses, con Harro, Schultz-Boysen, Harvid y Mildred Harnach. Gracias a ello pudimos seguir en mil novecientos cuarenta, metro a metro, el avance germano por Alemania y Francia; el ataque a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en mil novecientos cuarenta y uno no nos sorprendió ni nos dejó paralizados. Estábamos preparados.

—¿Desde cuándo es usted stalinista?

L. T.—¡Desde cuándo! Sólo los zionoviestas y los trotskystas tienen derecho a responder sin mentir: «Desde siempre». Digamos que yo no pertenecía a la Oposición, y que, enojado o no, de acuerdo o no, estimaba que lo que estaba ocurriendo en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas era menos grave que la expansión del Tercer Reich. El mismo Trotsky decía por aquel entonces que, antes de nada, era preciso defender a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas contra el nazismo.

—Leopold Trepper, cuando los dirigentes soviéticos persiguen a un Soljenitsyn o un Sajarov todo el mundo protesta. Cuando el afectado es un espía —y usted debe saberlo por propia experiencia— las cosas ocurren de otro modo. A usted, por ejemplo, se le ha prohibido residir en Francia. ¿Y si, después de todo, usted fuese todavía un agente soviético?

L. T.—O israelí. ¿No es eso? Ya lo sé: cuando uno ha estado en contacto con el espionaje, no sólo no podrá jamás purificarse, sino que transmitirá el virus a sus descendientes, de generación en generación, como ocurría con las enfermedades venéreas antes del descubrimiento de la penicilina. Es una idea imbécil muy extendida. Me importa un rábano. La podredumbre del mundo del espionaje no es asunto de mi incumbencia: yo no soy un espía.

SELECCIONES DEL SEPTIMO CIRCULO

El libro policíaco de bolsillo

*Colección creada por
Jorge Luis Borges y
Adolfo Bioy Casares
Dirigida por
Carlos V. Frias*

1/ James Hadley
Chase
Fruto prohibido

2/ Ross Macdonald
La mirada del adiós

3/ John Dickson Carr
Las gafas negras

4/ Hillary Waugh
La joven desaparecida

5/ James M. Cain
El cartero
llama dos veces

6/ Margaret Millar
Pagarás con maldad

*De próxima
aparición*

7/ Raymond Postgate
Veredicto de doce

8/ John Bingham
Un fragmento
de miedo

60 pesetas volumen

ALIANZA
EMECE



Leopold Trepper,

—¿Se ha visto usted alguna vez obligado a sacrificar a algún hombre de su organización?

L. T.—Nunca.

—¿Por principio o porque no fue nunca necesario?

L. T.—Si los hombres de la «Orquesta Roja» hubiesen llegado a pensar un solo instante que yo o cualquier otro responsable íbamos, llegado el caso, a jugar con sus vidas, ¿qué les hubiese impedido portarse mal durante el interrogatorio?

—Usted llevó a cabo un doble juego después de su detención...

L. T.—El doble juego del que me ha acusado el señor Rochet, ex director de la DST francesa, para justificar la prohibición de resistencia en territorio francés que pesa sobre mí es, antes bien, el orgullo de mi vida. Es verdad que he llevado a cabo un doble juego. Pero en ningún caso se puede hablar de mí como de un doble agente. Conseguí engañar a la Gestapo. ¿Le parece a usted algo deshonesto?

«El día de mi detención, el veinticuatro de noviembre de mil novecientos cuarenta y dos, la «Orquesta Roja» estaba ya casi totalmente desmantelada por la Gestapo. Pero lo más grave es que todas nuestras emisoras seguían trabajando. Los alemanes habían camuflado las detenciones y proseguían las emisiones destinadas al «Centro», como si nada hubiese ocurrido. No sólo para inundar Moscú de falsas informaciones —lo que no podía durar más que unas cuantas semanas—, sino para tratar de romper la coalición aliada, infiltrando, entre informaciones verdaderas, una serie de falsos informes sobre supuestos preparativos de paz separada entre los anglo-americanos y Berlín o, por el contrario, sobre las supuestas veleidades alemanas de paz separada con Moscú.

«Desde principios de verano, Alemania estaba cada vez menos segura de su victoria y concedía una gran importancia a esa labor de zapa de la coalición. A pesar de las repetidas advertencias, Moscú se negaba a creerme y respondía imperturbablemente: «Todo es normal. Usted está nervioso; tiene demasiada imaginación». En nuestra desesperación, habíamos decidido, con Nille Katz y Leon Grossvogel, dos de los hombres de los que más cerca estaba, que el primero de nosotros que fuese detenido demostrase, al precio que fuera, a qué juego jugaban los alemanes. Para convencer a Moscú era preciso reunir suficientes elementos. Nos fingimos comerciantes-colaboradores para infiltrarnos en los servicios de la Wehrmacht. Nos detuvieron. La «Orquesta Roja»

había dejado de existir. Sólo nos quedaba una cosa que hacer, hacerlos pasar por colaboradores, dar a creer que aceptábamos prestarnos a la operación de «intoxicación» de los alemanes para poder así frustrarla.

«Nada teníamos que perder»

—¿Y si no hubiesen conseguido avisar a Moscú a tiempo? El riesgo era demasiado grande...

L. T.—Grande, como usted dice. Pero nada teníamos que perder, y todo que ganar. No hablo, naturalmente, de nuestra vida, que pendía de un hilo, sino de nuestra misión. El «Funkspiel», como lo llamaban los alemanes, funcionaba perfectamente. El único problema era saber si seríamos capaces de acabar con esa red de intoxicación en que se había convertido la «Orquesta Roja», debido a la intervención de los nazis.

—Pero usted debió ofrecerles garantías a los alemanes para que creyesen en su conversión.

L. T.—Ninguna. Pero los alemanes tampoco creían en nada; ellos también se arriesgaban. Si querían que funcionase su operación, había que disimular mi detención, como la de los demás, y para disimular mi detención había que dejarme proseguir mis contactos con la Resistencia comunista. Tanto más cuando que esperaban llegar, a través de mi persona, hasta el Comité Central clandestino.

—Pero había otra manera de avisar a Moscú: rechazar los ofrecimientos que le hacían los alemanes y dejarse deportar. O fusilar. El Partido Comunista habría avisado inmediatamente a Moscú y...

L. T.—¿Cree usted que ello hubiese detenido el «Funkspiel»? Podían perfectamente prescindir de mí. Giering, el jefe del comando «Rote Kapelle» —un grupo constituido especialmente para acabar con nosotros—, comenzó por enviar a Katz a casa de nuestro contacto con el Partido, Juliette. Volvió, como habíamos decidido él y yo, diciendo que el enlace con el Partido era imposible por el instante. Los alemanes le enviaron por segunda vez. La consigna era la siguiente: «Es preciso que el viejo se desplace personalmente». Así me enviaron a su vez a casa de Juliette, de donde volví sin haber intentado nada. A Giering le expliqué que, debido a un contratiempo, debía regresar la semana siguiente. El día de mi segunda visita a Juliette, acudí con dos despachos, uno cifrado por la Gestapo y otro por mí mismo:

mi informe al «Centro». Llevaba uno en cada bolsillo.

—¿En su bolsillo?...

L. T.—¿Dónde quería usted que los llevase? Era el lugar más seguro. Bueno, la seguridad es algo relativo. El caso es que los alemanes no me cachearon y Juliette recibió mi informe, que transmitió al Partido Comunista, el cual, a su vez, lo hizo llegar a Moscú. En mi informe daba la lista completa de los agentes detenidos y los considerados sospechosos por la Gestapo; una explicación detallada del «Funkspiel», cuyo funcionamiento conocía muy bien a través de Giering. Por último, preguntaba al «Centro» lo que se proponía hacer: continuar el juego en provecho propio o suspenderlo.

«En caso afirmativo, el «Centro» debía enviarme, el veintitrés de febrero, fecha de mi cumpleaños, un despacho de las emisoras manipuladas, que debía acabar con la frase siguiente: «Felicitades por este doble aniversario». El veintitrés, Giering me mostró el cable, que incluía dicha frase. El director añadía que había solicitado para mí la Orden de Lenin. A los tres meses de mi detención, toda la iniciativa del juego pasaba de manos de los alemanes a las de los soviéticos. Hasta que acabó la guerra.

—Es decir, hasta que, recién llegado a Moscú, usted fue condenado a diez años de cárcel.

L. T.—Sí, con todos los ex combatientes de la guerra de España, todos los que habían trabajado en el Oeste, y todos los prisioneros a quienes se reprochaba el que no se hubiesen hecho fusilar antes que rendirse al enemigo. Además, yo sabía muchas cosas sobre los hombres instalados en el Gobierno: Stalin, Abakumov, el ministro del Interior, Beria; el último embajador en Berlín, Dekanov; de hecho, yo sabía demasiadas cosas para la época. Esperé pacientemente diez años, con la voluntad inquebrantable de sobrevivir a Stalin. Sobrevivir a Stalin: fue esta decisión la que me mantuvo vivo. Y logré sobrevivirle. Fui rehabilitado por el Tribunal Supremo de la Unión Soviética. Después llegó Gomulka y la «primavera» polaca de mil novecientos cincuenta y seis: salí para Varsovia.

—¿Contará usted todas esas cosas en sus Memorias?

L. T.—Todo lo que sé. Ni yo mismo conozco todo lo relacionado con la historia de la «Orquesta Roja».

—Cuando llegue a Israel, ¿se inscribirá en el Partido Comunista?

L. T.—¿En cuál de ellos? Hay tres... ■ **Declaraciones recogidas por BERNARD GUETTA.**